

Reseña de Marta Philp, María Silvia Leoni y Daniel Guzmán (coords.), *Historiografía Argentina. Modelo para armar*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2021, 562 págs.¹

La historiografía argentina como obra colectiva

Bienvenido el nuevo libro, tan importante como necesario. Es una obra de una gran apuesta, por el tema y por la envergadura. Es un texto que recorre todas las provincias de la Argentina, de norte a sur, de este a oeste. Se pretende nacional en el mejor sentido de la palabra, atendiendo cada parte constitutiva y recuperando el significado de lo nacional desde adentro –y no solo desde los balcones de la ciudad puerto–. Es una obra colectiva que permite rescatar la producción historiográfica en una dimensión integral, en su especificidad y en lo general, en su diversidad y en sus claves comunes.

Compuesta por 23 capítulos, la obra se articula en cuatro interrogantes claves:

Quién o quiénes tuvieron la palabra legitimada y legitimadora de la producción histórica en cada una de las provincias argentinas. Esto es, quiénes fueron las voces autorizadas a las que se les atribuyó el poder de ordenar el pasado, de rescatar y visibilizar los hechos, los acontecimientos, los procesos, y en su defecto de in-visibilizar otros: nombres, gobiernos, instituciones, universidades, etc. Se trata de un recorrido interesante porque permite observar los cambios y las continuidades y los diálogos en común entre una época y otra, entre las provincias o entre los círculos intelectuales y académicos.

Qué representación o representaciones del pasado se construía, qué historia se narraba y qué presente se legitimaba en esa narración. En otras palabras, cómo se fue construyendo históricamente el “nosotros” que no era solamente el ser “argentino”, sino también cordobés, correntino, santiagueño, rionegrino, etc. Ciertamente, en esa construcción, la producción histórica de las provincias fue eligiendo a quiénes incluir y a quiénes dejar afuera. Esta línea de análisis es una clave que se encuentra en gran parte de los capítulos. Y da cuenta fenomenalmente de las tensiones inherentes entre lo local y lo nacional, entre lo particular y lo general, pero también de las capas superpuestas que tiene la historiografía argentina, que no constituyen epifenómenos de lo relatado a nivel nacional.

Si el mito de origen de la construcción de la nación argentina data de 1810, ¿cuáles fueron o cuáles son los mitos fundantes de cada provincia?, ¿desde cuándo arranca la narración de la historia en cada caso específico?: ¿antes de 1810?, ¿en la época de la colonia? Y si es de la época colonial, ¿Corrientes, Formosa y Paraguay serían parte de un mismo origen? ¿Cómo se narra la relación entre Salta, Jujuy y Bolivia, si formaban parte del Alto Perú? Y si es antes, ¿significaba ser herederos de los pueblos aborígenes? Es llamativo, pero los mitos fundantes que reconstruye el libro se centran en las fundaciones o

¹ Esta obra fue presentada en la ciudad de Córdoba (Argentina), el 8 de julio de 2022. En dicha oportunidad, recibió los comentarios de Alicia Servetto y César Tcach, docentes e investigadores de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina).

nacimiento de la provincia en tanto unidad administrativa, atadas o vinculadas a las figuras de los caudillos, como forma de reforzar el federalismo versus el centralismo porteño.

¿Cuándo comenzó a escribirse una historia más profesional en cada una de las provincias?, ¿cuáles fueron los espacios institucionales que se constituyeron y desde los cuales el conocimiento histórico tuvo un lugar de producción más metódico?

Analizando esta última pregunta, es posible identificar tres grandes cortes temporales:

Una primera etapa está signada por los escritos históricos que se produjeron entre mediados del siglo XIX y principios del siglo XX, en el marco de la construcción de la nación. La necesidad o la importancia de pensar un Estado-Nación que diera contención y sentido de pertenencia a la comunidad de todo el territorio, fue delineando un tipo de historia que pretendió uniformar, homogeneizar y argentinizar a la sociedad. Esa construcción permeó una forma de analizar, explicar y sintetizar la historia. Su forma más cabal fue la creación de la Junta de Historia y Numismática Americana –luego Academia Nacional de la Historia– en 1893. En la producción historiográfica Argentina, esa perspectiva dominó hasta bien entrado el siglo XX y consolidó la diferencia entre historia local/regional frente a la historia nacional, siendo la historia nacional aquella que se escribía desde la capital. La historia local quedó relegada a las costumbres, al folclore, a lo anecdótico, gauchesco, que frente al poder del Estado-Nación conservaba las tradiciones pintorescas.

Un segundo momento arranca desde los años 1920 hasta mediados del siglo XX, etapa en la que se dio un proceso de profesionalización de la historia como disciplina histórica. Se crearon en cada una de las provincias, e inclusive en los territorios nacionales, centro de estudios, institutos, juntas, vinculados con la Academia Nacional de la Historia, museos, archivos. A cargo de investigadores y escritores que procuraban hacer una historia más profesional, apelaban al método inductivo por el cual recopilaban y registraban todos los datos históricos de fuentes principalmente oficiales, para sistematizarlos bajo una narración estrictamente descriptiva, lineal y acontecimental. En ese caso, el rol del historiador era un mero agente descriptor de los sucesos. “Contar la historia tal como había sucedido” según el mantra de von Ranke. Desde esta perspectiva, la historiografía de las provincias durante mucho tiempo estuvo asociada a los análisis fácticos de las historias institucionales. Pero, aun así, se procuraba construir historias integrales de sus propias provincias. En este hacer, se puede rastrear en el libro y en cada análisis de las provincias la presencia de diferentes figuras que marcaron hitos en las historiografías provinciales. Solo para mencionar algunas: Armando Bazán en Catamarca y La Rioja; Manuel Florencio Mantilla y Hernán Félix Gómez en Corrientes, Andrés Figueroa y Baltasar Olaechea y Alcorta en Santiago del Estero, Félix San Martín, Juan Benigar y Berta Koessler para Neuquén, Manuel Cervera en Santa Fe, entre otros. Los autores y autoras de cada capítulo demuestran como esas historias provinciales tenían la función de rescatar el concepto del federalismo y la autonomía que servían fundamentalmente a los sectores dirigentes para cohesionar a la población bajo su autoridad. Comenzó a ser dominante la tensión entre autonomía/centralización/subordinación al poder central. El ángulo para pensar la reivindicación del federalismo en la historiografía se nutría de un debate más amplio en el

poder político de las provincias en tanto hacía visible la desigualdad –no política- pero sí económica, social y cultural.

Una tercera etapa comenzó a mediados de los años 1950, cuando se crearon de forma más generalizada los institutos de formación docente y las universidades, espacios donde se asumieron posiciones más críticas y renovadas de la producción historiográfica en las diferentes provincias. Para esos años, la influencia del estructuralismo y la escuela francesa de los *Annales* implicaron una importante renovación temática y nuevas formas de abordar el conocimiento histórico bajo la premisa de que “la historia puede explicar algo”. Desde esta renovación epistemológica y metodológica, lo regional y lo local se posicionaron como escalas de observación, en tanto pasaron a ser considerados espacios de producción política, social y cultural. Detrás de la dicotomía nacional/local, puerto/interior, es posible desandar una infinidad de modalidades históricas, de articulaciones contradictorias, una complejidad en red que expresan tramas reticulares de una determinada configuración sociohistórica.

De allí el título del libro, “modelo para armar”: ¿cómo se arman las partes sin caer en la tentación de legitimar la mirada centralista que contribuyó a consolidar no sólo un poder centralista, sino que desde allí se habilitó a nombrar, clasificar, calificar las diferentes dimensiones de las historias locales y regionales? ¿Cómo hacer historia sin reproducir esos esquemas? Este libro es un buen comienzo.

Claves de lectura para la historiografía argentina

Cinco planos de análisis atraviesan los veintitrés capítulos que componen esta obra:

- 1) Un primer plano de análisis se vincula con la historia institucional, la construcción de instituciones –como las Juntas provinciales o municipales de Historia o el Instituto de Estudios Históricos en Tucumán–, la profesionalización de la historia y, por consiguiente, la construcción de un campo historiográfico.
- 2) En segundo lugar, esta perspectiva de estudio permite explorar redes intelectuales y espacios de sociabilidad. Por tanto, no estamos en presencia de un enfoque reducido a la historia institucional, sino que abre el campo de preocupaciones a la historia de los intelectuales y la historia de la cultura.
- 3) En tercer término, permite avanzar en el estudio del papel del Estado nacional y de las elites provinciales en esa construcción institucional de la disciplina; por consiguiente, este libro es también un libro de historia política.
- 4) En cuarto lugar, es un libro que permite pensar en los usos de la historia en la forja de identidades regionales o provinciales: la idea de Chaco como un “desierto verde”, las representaciones de la “jujeñidad” o la “misioneridad”, o bien las representaciones de Córdoba la Docta o Río Cuarto el “Imperio”; o la identidad de Chubut en función del relato construido por la orden de los salesianos de esa provincia.

- 5) En quinto lugar, acerca al lector a las prácticas historiográficas, el oficio del historiador y la escritura de la historia.

Estos cinco planos de análisis están cruzados por dos ejes que los tensionan:

- 1) El clivaje entre historia nacional e historias provinciales o regionales.
- 2) El clivaje entre historia y memoria.

El clivaje entre centro y periferia no remite a una división binaria entre una historia centralista mala y unas historias provinciales buenas. Lo que se plantea, más bien, es una visión crítica de ambas. No solo de la historiografía argentina centralista tributaria de Bartolomé Mitre, como señalan acertadamente Marta Philp y Eduardo Escudero. También en las visiones tradicionales del peronismo. Con el inolvidable Darío Macor nos preguntábamos si el peronismo se explica por los migrantes internos que destacaba G. Germani, donde estaban por ejemplo en Córdoba o en la ciudad de Santa Fe; si se explicaba solo por la industrialización, ¿cómo explicar los orígenes del peronismo en ese amplio universo geográfico y social aun no marcado por la huella de la gran industrialización? Los peronismos provinciales eran percibidos como reflejo o epifenómeno de lo ocurrido en las áreas centrales del país. Y, por tanto, se ignoraba el papel desempeñado por sectores de las elites provinciales que adhirieron al naciente peronismo. De lo que se trataba entonces, era de cambiar el régimen de preguntas.

Pero la historia tradicional construida desde las provincias, empeñada en destacar las singularidades y virtudes de cada una de ellas, distó de ser una historiografía científica. Más bien, esas virtudes que los historiadores tradicionales de provincia exaltaban, formaban parte del capital político de las élites de cada provincia o región. En la mayoría de los casos los historiadores de provincia se esmeraban en destacar las virtudes singulares de personajes locales y no estaban muy lejos de ser –para utilizar una metáfora conocida– los escribas del rey, en clave local.

En relación a la tensión entre historia y memoria, este libro puede ser concebido como una reivindicación del oficio del historiador. De su trabajo artesanal para desbrozar sendas de comprensión, construyendo problemas a partir de los datos, elaborando hipótesis para responder a ellos y tratar de verificarlas o corregirlas a partir de un acervo documental. Un camino que es zigzagueante, que supone avances y retrocesos, en las antípodas de las creencias en verdades absolutas o relatos iluminadores. En otras palabras, supone la reivindicación de la historia como conocimiento crítico del pasado, independiente del Estado, los imperativos ideológicos o el interés por construir o fortalecer identidades políticas. Por consiguiente, puede ser concebido como le hubiese gustado decir al gran historiador español, Santos Juliá, un ELOGIO DE LA HISTORIA EN TIEMPOS DE MEMORIA.²

² Santos Juliá, *Elogio de Historia en tiempo de Memoria* (Madrid: Marcial Pons Historia-Fundación Alfonso Martín Escudero, 2011).

Alicia Servetto (La historiografía argentina como obra colectiva)
Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)
aliciaservetto@gmail.com

César Tcach (Claves de lectura para la historiografía argentina)
Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)
cesartcach@gmail.com

Fecha de recepción: 8 de noviembre de 2022.

Fecha de aceptación: 28 de noviembre de 2022.

Publicación: 31 de diciembre de 2022.

Para citar este artículo: Alicia Servetto y César Tcach, “Reseña de Marta Philp, María Silvia Leoni y Daniel Guzmán (coords.), *Historiografía Argentina. Modelo para armar*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2021, 562 págs.”, *Historiografías*, 24 (julio-diciembre, 2022), pp. 155-159.